

- _____. "The Slaughterhouse of Literature". *Modern Language Quarterly* 61, 1 (2000): 207-227.
- Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas*. Raimundo Lazo, ed. Sepan Cuantos 125. México: Porrúa, 1998.
- Pérus, Françoise. *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. México: Siglo XXI, 1978.
- Rama, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil, 1985.
- Rodó, José Enrique. *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos. Rubén Darío. Bolívar. Montalvo*. Sepan cuantos 87. México: Porrúa, 1997.
- Vallejo, César. *Poesía completa*. Américo Ferrari, ed. Madrid: ALLCA XX, 1996.

SEBASTIAAN FABER
Oberlin College

INTRODUCCIÓN

En el primer congreso académico a que asistí en mi vida, recién empezada mi licenciatura de Filología Española en la Universidad de Amsterdam, dos viejos profesores españoles tuvieron una pelea sobre el *Quijote*. Uno de ellos acababa de dar una charla sobre el tema; el otro, en el público, le disputaba un detalle de su presentación. El ponente, sintiéndose atacado, se preguntó en voz alta si su colega siquiera se había leído la obra. El otro, apenas superando su evidente indignación, reaccionó inmediatamente y, como por reflejo, se puso a recitar los primeros párrafos de la novela. El breve duelo académico me impresionó profundamente. Hasta aquel momento no había apreciado hasta qué punto la erudición literaria —el simple hecho de haber leído un texto o no— puede convertirse en un arma de ataque, un instrumento de prestigio o vergüenza públicos. Recordé el episodio años después, al leer *Changing Places*, la conocida novela de David Lodge sobre la vida académica en el mundo anglosajón. En una escena famosa, los asistentes a una fiesta de un departamento de inglés en California se ponen a jugar un partido de "humillación", una especie de juego confesional en el que uno recibe puntos por cada obra importante que confiesa *no* haber leído, con tal de que los otros sí la dominen. La fiesta termina en tragedia cuando un joven *assistant professor*, ambicioso y empeñado en derrotar a sus colegas, confiesa nunca haber leído *Hamlet*. Gana el juego, pero pierde su trabajo. Es natural: al fin y al cabo, los críticos académicos no sólo tenemos la obligación de conocer la historia literaria de nuestro campo al dedillo, sino además de haber leído, en persona, cada página de toda obra considerada medianamente importante. Nuestras bibliotecas se suponen no sólo enormes, sino bien manoseadas y anotadas. Y cada libro no leído nos amenaza como un posible motivo de vergüenza. Yo, que aprendí el

español a los 18 años y recorrí la escuela graduada en relativamente poco tiempo, me pasé los primeros años de la vida profesional acosado por la conciencia vergonzosa de no haber leído bastante —y por el miedo de ser descubierto como el farsante que me creía.

Relato estas anécdotas personales porque el debate sobre la *world literature* tal como se ha ido desarrollando durante los últimos cinco o seis años, con contribuciones cruciales de Pascale Casanova y Franco Moretti —en quien me concentraré aquí— afecta directamente a la forma en que los críticos literarios universitarios nos concebimos a nosotros mismos y al modo en que definimos nuestra labor como académicos, profesores, escritores y lectores. Está en juego nada menos que el *ethos* de la disciplina: la naturaleza del conocimiento que generamos y los métodos que empleamos para tal fin; qué aceptamos como pericia en nuestro campo; y qué entendemos por rigor científico. Y es que el crítico literario “mundial” concebido por Moretti no se sentiría ofendido en lo más mínimo por la sugerencia de que nunca hubiera llegado más allá de la tapa de una novela canónica; ni tampoco entendería la gracia de un juego como “humillación”.

Uno de los grandes méritos del debate sobre la literatura mundial, y el proyecto de Moretti en particular, ha sido el habernos forzado a reconsiderar nuestras bases disciplinarias. Visto en un contexto más amplio, sin embargo, el debate también constituye una reacción a —y un síntoma de— una profunda crisis que afecta a las Humanidades en general, y en particular al campo de la crítica literaria.¹ Aquí presentaré una serie de reflexiones tentativas sobre las implicaciones de las propuestas de Moretti para lo que considero mi campo académico. Dadas las limitaciones de espacio y la gran diversidad de ese campo (hasta cabe cuestionar si manifiesta bastante unidad para esa denominación), mis argumentos serán demasiado simplificadores. Ésto constituye un problema porque uno de mis puntos de crítica principales a Moretti es, precisamente, su falta de rigor y matización; me expongo, pues, a ser acusado del mismo crimen. En lo que sigue consideraré primero las prácticas actuales de cierta parte de la crítica literaria y los presupuestos metodológicos que las informan. Después presentaré un breve análisis de la crisis, mostrando cómo las propuestas de Moretti constituyen una respuesta interesante, aunque equivocada, ante ella.² En la parte final de este ensayo veremos cómo ciertos debates recientes en el campo latinoamericanista —debates generados en gran parte en reacción a la misma crisis, aunque enfocados precisamente en aquellos temas que Moretti ignora o trivializa— nos ayudan a poner en relieve algunos de sus puntos débiles.³

UNA METODOLOGÍA RIGUROSAMENTE SUBJETIVA

Como han señalado Moretti y Jonathan Arac, la crítica literaria académica, sobre todo en el mundo angloparlante, sigue teniendo una gran deuda con la exégesis bíblica. El conocimiento que genera la mayoría de los críticos se basa en lecturas cuidadosas de textos singulares, y el cuerpo bibliográfico de la disciplina lo constituyen, en su mayor parte, interpretaciones razonadas. Estas interpretaciones se supone que resultan de la interacción —o quizá más bien la alquimia— entre un texto particular y la mente de un crítico determinado. Aunque suele mantenerse que esas interpretaciones deben estar bien argumentadas y fundamentadas en el texto primario, también se suele asumir que variarán con cada lector y que, por tanto, todos los textos pueden generar un número infinito de interpretaciones válidas y rigurosas. De ahí, quizá, el imperativo de leerlo todo *uno mismo*: dejar que nuestra interpretación parta únicamente de lecturas ajenas no sólo sería una forma de hacer trampa, sino un procedimiento estéril. Al parecer se cree que la verdadera iluminación crítica sólo puede nacer del contacto directo, personal, íntimo con las fuentes.⁴

Si la lectura cuidadosa, el *close reading*, constituye el fundamento metodológico de una parte importante de la crítica literaria,⁵ ¿en qué consiste exactamente la pericia del crítico —su pretensión de autoridad científica, lo que le distingue de cualquier otro lector de un texto literario? Aquí quizá sea útil distinguir, muy *grosso modo*, entre competencia técnica (lo que en inglés se llamaría *skill*) y conocimiento de fondo. Técnicamente, los críticos estamos entrenados para ser “buenos lectores”, capaces de análisis rigurosos de cualquier texto que se nos ponga delante. El conocimiento, por otra parte, se identifica más con el campo de especialización (la novela francesa decimonónica, el teatro chino contemporáneo), y cabe dividirse a su vez en dos elementos: la erudición —las lecturas acumuladas— y la competencia cultural, es decir, una peculiar sensibilidad ante el contexto cultural en el cual se produjo la obra en cuestión, incluido, entre otras cosas, el dominio del idioma en que fue escrita. Así, por ejemplo, como hispanista soy capaz de realizar un análisis riguroso de un texto español no sólo porque soy un lector entrenado, sino también porque he leído los clásicos (erudición), hablo español, y porque dispongo de una íntima comprensión de la cultura española.⁶

Hay una obvia tensión metodológica entre la facticidad aparentemente objetiva del texto y la contingencia necesariamente subjetiva de la lectura del crítico.⁷ En última instancia, este elemento contingente es el que garantiza la originalidad de la contribución al campo académico. Desde luego, la originalidad no sólo se debe a la pericia y erudición disciplinarias del crítico—su técnica, inteligencia y sensibilidad—sino también a la perspectiva particular (teórica, existencial, político-económica) desde la cual el crítico se aproxima al texto, además de sus intereses, experiencia vital e incluso su personalidad. Aunque quisiera, el crítico sería incapaz de generar una interpretación idéntica a la de un colega (cosa que, como señala Jackson [199], además le convertiría en un plagiatario). Bien mirado, pues, la crítica literaria basada en el *close reading* está regida por un concepto muy propio del rigor, diferente de otros campos académicos. Esa noción del rigor tiene poco en común con la que se suele asociar con las ciencias naturales—para las cuales los experimentos sólo son válidos si se pueden repetir con idéntico resultado—o con el afán de totalización y representatividad estadística de las ciencias sociales (Jackson 198-200).⁸

LECTURAS A LARGA DISTANCIA

Franco Moretti, en una serie de ensayos aparecidos en la *New Left Review* y ahora recogidos en *Graphs, Maps, Trees*, ha venido arguyendo que la metodología de la lectura cuidadosa ha perdido validez, o al menos que ya no basta, dado el paisaje literario y teórico actual concebido en términos mundiales. “[T]he literature around us is now unmistakably a planetary system”, afirma, implicando que los propios críticos hemos sido entre los últimos en enterarnos (“Conjectures” 148). Así, pues, cabe poner manos a la obra y adaptarnos a la nueva situación: “The question is not really *what* we should do—the question is *how*” (148). Si queremos salir del aislamiento de la literatura concebida en términos puramente locales—arguye Moretti—tendremos que abandonar la idea de la lectura intensiva como *sine qua non* de la crítica académica. Es más, puede que tengamos que sacrificar *toda* lectura de textos primarios, en parte porque simplemente serían demasiados:

we are talking hundreds of languages and literatures here. Reading “more” seems hardly to be the solution. . . . [W]orld literature cannot be literature, bigger; what we are already doing, just more of it. . . . [W]orld literature

is not an object, it’s a *problem*, and a problem that asks for a new critical method; and no-one has ever found a method by just reading more texts. That’s not how theories come into being; they need a leap, a wager—a hypothesis—to get started. (“Conjectures” 149)

Para hacer el paso, por así decir, de la producción artesanal a pequeña escala al fordismo académico que permitiría la digestión masiva de decenas de miles de textos primarios—lo único que haría posible la formulación de teorías y “leyes” literarias verdaderamente mundiales—hace falta repensar la estructura laboral de nuestro campo académico. Y aquí, dice Moretti, “we have a lot to learn from the methods of the social and of the natural sciences” (“More conjectures” 80). Citando a Marc Bloch, para quien “un día de síntesis” en el campo de la historia social comparada se basaba por fuerza en “años de análisis”, Moretti propone que el estudioso de la literatura mundial que pretenda formular hipótesis globales y ponerlas a prueba, se limite a aprovechar la labor previa de los especialistas en los cientos de subcampos nacionales y regionales. Esto significa, sin embargo, que la historiografía literaria mundial tendrá que contentarse con un conocimiento “de segunda mano”; “a patchwork of other people’s research, *without a single direct textual reading*”. Cuanto más ambiciosas las pretensiones del “crítico mundial”, más distancia le separará de los textos primarios (“Conjectures” 150-1). Así la metodología del *close reading* se sustituiría—o al menos se complementaría—con una metodología de *distant reading*:

where distance, let me repeat it, *is a condition of knowledge*: it allows you to focus on units that are much smaller or much larger than the text: devices, themes, tropes—or genres and systems. And if, between the very small and the very large, the text itself disappears, well, it is one of those cases where one can justifiably say, Less is more. If we want to understand the system in its entirety, we must accept to lose something. We always pay a price for theoretical knowledge: reality is infinitely rich; concepts are abstract, are poor. But it’s precisely this “poverty” that makes it possible to handle them, and therefore to know. (“Conjectures” 151)

Moretti tiene razón al señalar una discrepancia insostenible entre, por un lado, las estructuras y prácticas de la crítica académica y, por otro, el mundo actual, globalizado, en que ésta se encuentra operando. Aunque el mercado laboral, las revistas o editoriales académicas y la estructura de

muchos planes de estudio siguen organizados en torno a las naciones, los períodos históricos, los géneros y el canon, para muchos de nosotros esas categorías han dejado de ser legítimas. En las palabras algo dramáticas de Moretti, el campo está entre “the most backwards disciplines in the academy” (cit. en Eakin). En efecto, no sería exagerado afirmar que muchos críticos académicos nos sentimos atrapados dentro de un cuerpo institucional que ya no reconocemos como el nuestro. Me temo, sin embargo, que la solución propuesta por Moretti, lejos de resolver la crisis, sólo logre agravarla. Veamos por qué.

LA CRÍTICA EN CRISIS

Es importante comprender que la crisis en que se encuentra la crítica literaria académica no sólo era inevitable sino que llevaba muchos años gestándose. Desde sus mismos orígenes, el campo contenía dos elementos irresueltos que no podían por menos de acabar por socavar su legitimidad: una tensión entre calidad y cantidad; y una aparente falta de relevancia. Permítaseme explicar ambos en algún detalle. A los estudios literarios académicos siempre les ha aquejado una ambivalencia entre los imperativos de la erudición (cuantitativa) y de la técnica (cualitativa), entre el garbo del crítico genial y el sudor del lector-escribiente infatigable. Esa tensión queda reflejada en dos de las caricaturas más comunes del profesor de literatura. Por un lado, está el amanuense anónimo enterrado en su oficina, para quien el trabajo del crítico consiste en la dedicación continua a una labor cuasi monástica, compilando bibliografías, tomando apuntes, repasando toda la literatura primaria y secundaria antes —o en vez— de formular una idea propia, en la lenta producción de catálogos, panoramas, concordancias y, en general, libros y artículos sólidos pero terriblemente aburridos. Por otro, está su polo opuesto, menos monástico que majestuoso: el crítico como lector brillante, que da mucha más importancia a las ideas inspiradoras que a la solidez bibliográfica. También de él se supone que lo ha leído todo y bien; sólo que parece haberle costado menos sudor y lágrimas. (Curiosamente, como veremos dentro de un momento, Moretti viene a ser un híbrido de estos dos arquetipos: codicia la solidez cuantitativa de los monásticos sin dejar de reservarse el derecho a la postura de descuido aristocrático propio del crítico brillante.)

Si por mucho tiempo se pudo mantener la doble exigencia de cantidad y calidad sin crear tensiones imposibles, fue gracias a lo que podría llamarse una “ideología de la selección”. Los campos de especialización —es decir, los corpus de literatura obligada— se limitaban nítidamente según las fronteras nacionales, lingüísticas, genéricas y canónicas. La crisis actual se debe en parte al colapso de esta ideología de la selección, que se ha revelado no sólo como políticamente sospechosa, sino como un impedimento molesto y arbitrario a una verdadera comprensión del fenómeno literario. Ya no hay excusas que valgan para limitarse al estudio de la literatura producida dentro de un solo territorio nacional; ni tampoco para excluir las masas ingentes de textos no canónicos —lo que Margaret Cohen llama *the great unread* (23).

El colapso de la ideología de la selección significa un gran paso adelante para la crítica académica. Dado que la disciplina nunca ha sido capaz de producir una definición satisfactoria de la calidad literaria (Hoesel-Uhlig 46), la noción de un canon cualitativo de obras “maestras” siempre ha carecido de fundamento. De forma similar, no hay buenas razones teóricas o histórico-literarias para dividir la literatura en unidades nacionales. Los propios autores, incluso los que se consideran parte de una tradición nacional, nunca han respetado las fronteras estatales (ni lingüísticas) en lo que se refiere a influencias y afiliaciones. Son raros los casos en que lo nacional ha sido una preocupación literaria principal —por más que ciertos autores y sus obras después hayan sido reclutados para causas patrióticas.⁹ Además, las historias literarias nacionales son notoriamente incapaces de dar cabida a fenómenos absolutamente cruciales para el desarrollo de la literatura como el exilio —voluntario o forzado, individual o colectivo—, por no hablar de obras, autores y naciones políglotas, o lenguas sin Estado-nación propia (¿en qué historia literaria nacional cabe la literatura escrita en quechua?). En verdad, las literaturas nacionales *no existen* como tales más allá de las historias literarias, los planes de estudio y los premios.

Si, a pesar de ello, todavía se habla de “la poesía española” o “la novela inglesa” es, más que nada, por inercia institucional. Claro que también sobran razones prácticas para mantener las estructuras tradicionales. Pero las costumbres institucionales y las consideraciones prácticas no bastan para constituir la legitimidad de una disciplina. Moretti, pues, tiene razón al exigir un nuevo paradigma: desprestigiada la ideología de la selección, la tensión entre calidad y cantidad se ha vuelto insoportable. De un día para otro, el número de textos “estudiables” se ha expandido hasta alcanzar alturas

astronómicas. El problema es que sigue en pie el viejo imperativo de haberlo leído todo, dominarlo todo, “controlar” el campo —una halagadora ilusión que la ideología de la selección nos permitía albergar, pero que ahora es simplemente insostenible—. Desmentida esta ilusión, sin embargo, los críticos ya no sabemos a qué atenernos: ¿qué nos queda de nuestra legitimidad académica sin el halo de la erudición?

Y por si fuera poco, la tensión entre calidad y cantidad constituye sólo la mitad de la crisis. Otro problema, quizá más grave aún, lo comparte la crítica literaria con las demás de las Humanidades: la pérdida de relevancia. No es sólo que la sociedad ha dejado de apreciar el valor de las investigaciones humanísticas, sino que a muchos de los propios humanistas nos cuesta ver la importancia y utilidad de nuestra labor académica. Si esta crisis de relevancia afecta a todas las Humanidades desde hace algunas décadas, para la crítica literaria ha sido, en realidad, un problema eterno. Los críticos académicos nunca hemos podido deshacernos del estigma de la superfluidad. De la misma forma que la traducción luteriana de la Biblia eliminó la necesidad del mediador eclesiástico, nos choca comprobar que los escritores y lectores se las suelen apañar muy bien sin nosotros. En ese sentido nos parecemos a un terapeuta que se siente llamado a intervenir en una relación romántica que funciona perfectamente. La aparente irrelevancia de nuestra labor se agrava todavía más porque nunca hemos conseguido definir en qué precisamente consiste nuestro objeto de investigación, ni qué aspectos de ese objeto nos toca analizar (Hoesel-Uhlig 48). En una diatriba notoriamente despiadada contra la *Literaturwissenschaft*, el intelectual holandés Karel van het Reve afirmaba en 1978 que la “ciencia de la literatura” era, en el mejor de los casos, inútil y, en el peor, un gran fraude, porque se había mostrado incapaz siquiera de presentar un argumento riguroso sobre las nociones más básicas de su campo —por ejemplo, en qué se distinguía la buena literatura de la mala— y porque ninguna de sus tesis sobre la literatura no era aplicable también a los textos no literarios. “[U]na de las preguntas principales de la ciencia de la literatura debería ser: cómo se puede describir un libro bueno ... sin que esa descripción sea válida para un libro horroroso? ... Los científicos de la literatura se han librado de esta pregunta de una vez al excluir del campo uno de los fenómenos literarios más interesantes, las diferencias cualitativas” (11). El problema, para Van het Reve, era que los críticos, a pesar de sus pretensiones científicas, no eran capaces siquiera de formular prohibiciones sencillas a lo Karl Popper: “no hay fenómeno del

cual se afirme que no puede darse en la literatura” (23). Y para colmo, los pseudocientíficos literarios tenían la mala costumbre de expresarse en una prosa pretenciosa, ilegible: “los practicantes de la *Literaturwissenschaft*, por regla general, no saben escribir” (8). ¿Qué sensibilidad literaria se puede esperar de alguien que no es capaz de componer una buena oración?

Desde los años setenta no han cesado las acusaciones a lo Van het Reve —la falta de valor científico, la metodología inadecuada, la jerga incomprensible— y una forma de explicar las numerosas transformaciones que ha vivido el campo es verlas como una búsqueda cada vez más desesperada de la legitimidad. El surgimiento de los estudios culturales constituyó un intento por arraigar esa legitimidad en un compromiso social, reclutando la disciplina para causas explícitamente políticas, al mismo tiempo que se extendía el área de los objetos estudiables más allá del canon y de los textos propiamente dichos. En reacción, otros han argüido que la crítica, para ser legítima, debe volver a ceñirse puramente al estudio de la “literariedad” de la literatura. Así, Mark Bauerlein equivale la “muerte” de la disciplina con el momento en que empezó a traspasar los límites implicados en “a purely aesthetic approach to literature” (1). Tampoco han faltado los empeñados en reforzar la legitimidad de la disciplina mediante una aproximación a los métodos de las ciencias sociales y las naturales, capaces de producir un conocimiento considerado verdaderamente riguroso. “The patterns of literary explanation seem to be made and broken without there being anything remotely resembling overall progress”, se queja Livingston por ejemplo; “It is also not the least bit obvious what kinds of evidence are and are not to be included as determinations of the artifact in question. ... It is granted, of course, that readers can and should ‘make meaning’ out of literary texts; ... But it is another question whether such activities should be considered genuine research” (237-39; ver también Jackson 193-4).

UN CAMINO EQUIVOCADO

Los ensayos de Moretti, que sí pretende hacer *genuine research*, constituyen otro conato más en esta última dirección;¹⁰ y —hay que admitirlo— la iniciativa tiene sus méritos. Van het Reve, por ejemplo, no sólo habría apreciado el estilo ameno de Moretti, sino que se hubiera quedado encantado con el tipo de hipótesis popperiana lanzada en “The Slaughterhouse of Literature” sobre la evolución del relato detectivesco, en concreto la identificación de

un elemento formal específico (la clave) que puede haber garantizado el éxito de Conan Doyle frente a sus competidores en la versión literaria de la *supervivencia del más apto*. Sin embargo, por más refrescantes y entretenidas que sean las propuestas de Moretti, les aqueja una serie de graves problemas. Algunos son de carácter político; otros derivan del carácter interdisciplinario del programa propuesto. Como señala Jackson, el gran peligro de “importar” paradigmas científicos en la crítica literaria es que invita a juzgar las interpretaciones literarias “by the criteria of scientific method” (204) —un examen que los ensayos de Moretti no pueden sino suspender.

Quizá la mejor forma de señalar los puntos débiles de Moretti es aplicarle la metodología que rechaza y someter sus textos a una lectura crítica y cuidadosa. A mi ver, presentan cuatro dificultades principales. Lo que más llama la atención es que Moretti, al mismo tiempo que expresa su afición a la metodología y el rigor de las ciencias sociales y naturales, construye sus propios argumentos de forma muy *poco* rigurosa: sus textos abundan en confusiones y vaguedades conceptuales. Segundo, Moretti se equivoca al presuponer que la metodología de la lectura cuidadosa implica automáticamente una noción jerárquica del canon. Tercero, el abandono del *close reading* tal como lo concibe Moretti me parece un error fatal porque le privaría a la disciplina de uno de sus pocos fundamentos sólidos de legitimidad: una noción propiamente humanística del rigor. Y finalmente, las propuestas de Moretti tienen dimensiones políticas que éste ignora, pero cuya naturaleza problemática salta a la vista al conjugar sus textos con debates recientes en el campo latinoamericanista. En líneas generales, argüiré que los sacrificios necesarios para emprender la ruta morettiana hacia su codiciada posición panorámica, global, son tales que la visión desde la cumbre resulta perdidamente torcida, más peligrosa que útil. A diferencia de Moretti, me parece que la desaparición de la ideología de la selección y la globalización de los fenómenos literarios es *razón de más* para atenernos a lo que mejor sabemos hacer: leer con esmero para enfatizar, no ignorar, lo diferencial y particular. *Back to the basics*, pues: zapatero, a tus zapatos.

La falta de rigor que aqueja los ensayos de Moretti se manifiesta, entre otras cosas, en el uso descuidado de términos y categorías elementales. El afán de totalización y control conceptual, el deseo de querer “understand the system in its entirety”, le tienta a contentarse repetidamente con atajos teóricos y estilísticos. En “Conjectures”, por ejemplo, Moretti parece confundir desde el principio el fenómeno de la literatura mundial con el

estudio de ese fenómeno. Goethe habla de aquél (“the age of world literature is beginning”); Moretti de éste. Cuando Moretti dice “world literature cannot be literature, bigger; what we are already doing, just more of it”, quiere decir que la aproximación *académica* a la producción y el consumo literarios a escala mundial no puede ser la misma de la que los críticos hemos venido empleando para unidades más pequeñas. Un mismo descuido conceptual lo vemos en el uso de los adjetivos “local” y “extranjero”. Cuando, inspirado en Jameson, Moretti describe la novela periférica como un “compromise between foreign form and local materials” (155), o entre “foreign *plot*, local *characters* and then local *narrative voice*” (158, énfasis en el original), “local” aquí quiere decir “propio de la nación periférica” (filipino, turco, etc.). Pero Moretti olvida que lo nacional —en el centro tanto como la periferia— suele construirse, precisamente, sobre la *negación* de lo verdaderamente local. (Como ha demostrado Benedict Anderson, lo nacional ya es un compromiso siempre, una construcción orquestada.)

Este uso descuidado de ciertas categorías puede parecer trivial —¿cómo construir un argumento sin pasar por encima algunos matices? ¿qué son los conceptos teóricos sino generalizaciones y abstracciones?— pero creo que en este caso apunta hacia un defecto mayor. Desde su posición “metacrítica”, Moretti es tentado a invocar categorías conceptuales que carecen de referente preciso, uniforme o estable, como si correspondieran a sendas realidades primarias o concretas, a “hechos” sólidos e indisputables. En ese sentido, choca la ingenuidad de la respuesta de Moretti ante una duda de una de sus estudiantes:

In the seminar where I first presented this “second-hand” criticism, Sarah Goldstein asked a very good, Candide-like question: You decide to rely on another critic. Fine. But what if he’s wrong? If he’s wrong, you are wrong, too, and you soon know, because you don’t find any corroboration ... And it’s not just that you don’t find positive corroboration; sooner or later you find all sorts of facts you cannot explain, and your hypothesis is falsified, in Popper’s famous formulation, and you must throw it away. (154-155n)

En el universo popperiano, la aparición de un cisne negro puede desmentir la teoría de que todos los cisnes son blancos; pero cuesta aceptar la “inestabilidad estructural” de un texto o la aparición de un “narrador incómodo” —juicios interpretativos de carácter estético-literario— como

“hechos” de la misma categoría. Incluso si fueran hechos “duros” comparables a fenómenos naturales, es filosóficamente ingenua la idea de que esos hechos sean capaces, de por sí, de contradecir una teoría. Como escriben Alan Sokal y Jean Bricmont en una crítica a Popper, “falsification is much more complicated than it seems” (62); incluso en las ciencias naturales —escribe Bérubé— “it isn’t really possible to say that theories can be unambiguously ‘contradicted’ by facts . . . Theories can be disputed by other theories, but at no point in our lives do Facts simply raise their heads and speak in Nature’s own voice to tell us that all our theories are wrong” (Bérubé, “Fine Clothes” 75). Es interesante que, en otro momento, Moretti reconozca que “theoretical expectations will shape facts according to your wishes”: admite que, si se equivocó al presuponer que la novela inglesa surgió de forma “autónoma” fue porque “the core/periphery opposition made me look (or wish. . .) for a parallel morphological pattern” (“More Conjectures” 79; 79n).

Esta tendencia de Moretti a convertir entidades conceptuales y juicios de valor en hechos y entidades sólidos acaba por socavar sus propios argumentos. Este efecto se ve sobre todo en sus referencias a las literaturas nacionales. Aunque todo su proyecto parece pretender invalidar la historiografía literaria tradicional, basada en y limitada por lo nacional y lo canónico, Moretti no parece cuestionar la existencia de una “novela” o “tradición” inglesa, francesa o japonesa, como si se tratara de sendas especies biológicas, nítidamente clasificadas en una taxonomía literaria a lo Linnaeus. Es más, de la misma forma que el metacrítico mundial depende de la labor previa de los especialistas nacionales (o “locales”) para formular sus hipótesis —y se confiesa forzado a volver a ellos para poder confirmarlas¹¹— las propuestas de Moretti *se apoyan* en la estabilidad de la historiografía literaria tradicional construida sobre la identificación de las unidades culturales con la del Estado-nación.

De modo similar, el hecho de que Moretti suele caracterizar las novelas surgidas en la periferia en términos predominantemente negativos —“flawed”, “uneasy”, “garrulous”, “rudderless”, “unstable”, productos de “interference” y “compromise”— implica la existencia de otras tradiciones novelísticas (las del centro) que se presumen puras, autónomas, equilibradas, cómodas, y creadas sin “interferencias”.¹² Esta presunción no sólo es falaz porque las novelas inglesas y francesas también se forjaron bajo influencias extranjeras (punto señalado por Arac que Moretti ha tenido que ceder [“More

Conjectures” 79]); sino porque, en rigor, una entidad como “la novela inglesa” no *existe* fuera del marco conceptual de la historiografía cultural nacionalista.

Son estos matices importantes los que Moretti, en su afán de llegar a teorías unificadoras, decide ignorar. Y así, en un clásico desliz ideológico, llega a confundir lo análogo con lo idéntico, y lo metafórico con lo real. Puede que la evolución de ciertos fenómenos literarios se *parezca* a la evolución de las especies según Darwin; pero, como afirma Prendergast, no se puede pretender que las “leyes” naturales funcionen como las “leyes” de la historia cultural (“Evolution” 56-61).

La ironía del caso es que esta falta de matización, estos errores categóricos, acaban por reforzar el antiguo régimen disciplinario, por así decir: el marco metodológico nacionalista que ha dominado el campo desde el siglo XIX. Como consecuencia, las propuestas de Moretti son mucho menos radicales de lo que parecen. Y en efecto, al final de “Conjectures” Moretti admite que no se propone revolucionar la crítica literaria, ni mucho menos; sólo pretende renovar el campo de la literatura comparada. No parece prever que la crítica “mundialista” que propone invalide o desplace las estructuras académicas existentes; a lo más, constituirá un reto para éstas, una leve irritación (“a thorn in the side”). En los últimos párrafos del ensayo, la perspectiva mundial, presentada inicialmente con tanto garbo, se rebaja a una opción epistemológica más, una posición adoptable por quien se sienta atraído por ella, e ignorable para los demás: “you become a comparatist for a very simple reason: *because you are convinced that that viewpoint is better. It has greater explanatory power; it’s conceptually more elegant; it avoids that ugly ‘one-sidedness and narrow-mindedness’; whatever*” (“Conjectures” 161). Hay una curiosa discrepancia entre esta modestia final y el tono confiado y provocador que caracteriza el resto del ensayo.

CLOSE READING SIN CANON

La propuesta más controvertida del ensayo, claro está, es la del *distant reading*. Sin embargo, también aquí la argumentación de Moretti carece de fuerza. Para Moretti, la práctica del *close reading* está íntimamente ligada a la noción del canon textual, y el colapso de éste ayuda a invalidar la metodología de la lectura cuidadosa. “[T]he trouble with close reading . . . (in all of its incarnations, from the new criticism to deconstruction)”, dice, “is that it necessarily depends on an extremely small canon”; “you invest so much in

individual texts *only if* you think that very few of them really matter. Otherwise, it doesn't make sense." ("Conjectures" 151). Pero esto no tiene por qué ser así. Es verdad que la lectura intensiva limita por fuerza el número de textos que uno puede digerir. Esta selección de textos, sin embargo, no tiene por qué constituir un canon en el sentido jerárquico y exclusivo del término: la inversión en textos individuales no implica automáticamente atribuirles algún estatus superior. Uno puede creer que cada ser humano es digno de la amistad y, sin embargo, tener un círculo limitado de amigos.¹³

A diferencia de Moretti, yo argüiría que el abandono de la lectura cuidadosa le privaría al campo de uno de los pocos fundamentos de legitimidad que le quedan: su peculiar concepción humanística del rigor, un rigor que es al mismo tiempo objetivo y subjetivo, y que permite las generalizaciones sin jamás perder de vista la especificidad de lo particular. Como escribe Pauline Yu, ex decana de Humanidades en UCLA, las disciplinas humanísticas insisten en este aspecto, ya que

the inherently critical, analytical, and self-reflective faculties they cultivate resist by their very nature the impulse to arrive at universalizing generalizations shared by both the social and natural sciences. If we can crudely characterize the latter as seeking to demonstrate the applicability of homologous laws of nature or sweeping theoretical abstractions . . . , then we can equally crudely recognize in the humanities a predilection to follow the course of the particular. (http)

Como señala Arac, Edward Said —a su vez inspirado por Vico y Auerbach— ha sido uno de los defensores más importantes de esta visión disciplinaria, postulando las Humanidades como un contrapeso necesario al empobrecedor totalitarismo conceptual de las ciencias sociales y naturales. Visto así, una de las funciones principales de la crítica literaria —práctica humanística por excelencia— es servir de recordatorio: su papel es demostrar enfáticamente la irreductible complejidad de la realidad social, del individuo humano y sus productos culturales; una complejidad que siempre escapará y trascenderá a los modelos teóricos del momento y al dominio del propio crítico. Como dice Arac, para Said "what is actual in texts resists being made factual" (44).

Esta postura de respeto ante aquello que *no* se deja conocer o dominar por completo, se encuentra encarnada en la metodología peculiar de la crítica literaria y la noción de rigor que la informa. La crítica literaria es

humanística porque parte del presupuesto de que su objeto de estudio —el texto literario— es *indeterminado e irreductible*. De ahí, también, el imperativo perpetuo de volver a la fuente primaria: no hay resumen o interpretación que puedan dar cuenta cabal de la infinitud de significados encerrados en un solo texto. Como escribe Jackson: "a literary text's key 'determinacy', that which makes it precisely a literary kind of text, consists of its intrinsic lack of determinacy" (198). Esta presunción de indeterminación e irreductibilidad del texto —tan irritante para ciertas mentes científicas— no sólo es la clave de la atracción a la lectura como tal, del *placer* que produce, sino también de nuestra identidad y legitimidad disciplinaria. El *distant reading*, por otra parte, obligado como está a fijarse en similitudes globales y a asumir que los textos sí son resumibles, reductibles o traducibles, no se puede permitir reconocer o respetar lo particular. En otras palabras, está forzado a lo literario de la literatura.¹⁴ Desde una perspectiva humanística, los sacrificios que exige el método de Moretti, las pérdidas que está dispuesto a aceptar, son no sólo enormes sino destructivas.

Irónicamente, los pocos ejemplos concretos de su método que nos proporciona el propio Moretti confirman los peligros inherentes en su forma de proceder. Sus hipótesis globales, incluidas sus "leyes" del desarrollo histórico y formal de la novela, automáticamente excluyen todo lo que no se deja clasificar, contar o traducir. Tampoco es casual, como ha señalado Kristal, que Moretti haya basado su método en el análisis de la novela realista —con una trama, personajes y una voz narradora que no sólo se dejan identificar con relativa facilidad, sino abstraer de las idiosincrasias idiomáticas. Es difícil imaginarse cómo se pudieran formular hipótesis "mundiales" de fenómenos o autores cuya distinción reside, precisamente, en la idiosincrasia lingüística y cultural y la ausencia de toda trama —la poesía, por ejemplo, o la ficción modernista, géneros mucho más resistentes a los intentos de traducción y resumen. De hecho, lo que llama más la atención en las propuestas de Moretti —comparatista al fin y al cabo— es la ausencia de una consideración de la traducibilidad como problema.

Como admite Moretti en "The Slaughterhouse", su método consiste en someter gran cantidad de textos a preguntas muy específicas, ignorando todos aquellos aspectos que no tienen que ver con esas preguntas: "Face to face with the forgotten 99.5 percent of literature, and perplexed by its size, I couldn't simply 'start reading': I had to read in the light of *something*" (226). En ese sentido, el crítico se convierte en una extensión de la función

“búsqueda” de un programa informático. Ahora bien, es importante anotar que Moretti parece aplicar el mismo enfoque concentrado en su empleo de los “informantes especialistas”, los críticos “locales”: sólo los lee y valora en cuanto sus conclusiones —reducidas a una o dos frases— puedan corroborar o desmentir las hipótesis que Moretti esté barajando. El resultado es una misma pérdida de matices cruciales. Veamos como ejemplo la suerte que corren los análisis sutiles del crítico brasileño Roberto Schwarz, uno de los informantes locales más citados en “Conjectures”. Moretti emplea Schwarz para reforzar tres de sus puntos principales: (1) la idea de que las literaturas periféricas tienen una “deuda” inevitable con las del centro; (2) que esta deuda se convierte en un “rasgo complejo formal” de la obra periférica, manifestado en ciertos defectos estéticos o estructurales; y (3) la idea más general de que las formas culturales, es este caso las novelísticas, suelen ser un reflejo abstracto de relaciones sociales concretas (“forms are the abstract of specific social relationships” [Schwarz 53]).

Ahora bien, es verdad que Schwarz, en sus análisis de la obra del novelista decimonónico José de Alencar,¹⁵ señala las consecuencias del hecho de que tuvo que adaptar el modelo de la novela europea, cuya forma era adecuada para representar la realidad europea, a la realidad muy diferente del Brasil. También es verdad que, entre esas consecuencias, Schwarz identifica ciertos rasgos que pudieran considerarse como defectos formales. “By remaining faithful to observable (Brazilian) reality and the accepted (European) model”, escribe Schwarz, “the writer unwittingly replays a central incongruity in Brazilian intellectual life, leaving it unresolved”; pero agrega inmediatamente que “there is no simple consequence to be drawn from such a dualism; in a culturally dependent country like ours, its presence is inevitable, and its results can be either good or bad”: “Literature is not a matter of rational judgments but of imaginative form; the movements of a reputable key which actually opens nothing at all may well be of great literary interest” (46); “we must rid ourselves, though not entirely, of the pejorative connotations of the concept of borrowing itself” (49). Es verdad en Alencar “style and structure run at cross-purposes” mientras que en alguien como Balzac el estilo está “tightly and artificially constructed” y la trama, por más “ridícula” que sea, “somehow manages to retain its link with reality” porque esa realidad social, europea, estaba transformándose profundamente (51-52). El dualismo formal de Alencar, por otro lado, se explica porque en el Brasil esas transformaciones eran meramente superficiales: se asumían los

ideales del liberalismo político y económico, por ejemplo, sin cambiar las estructuras sociales y económicas de la sociedad esclavista.¹⁶ Schwarz, sin embargo, se empeña en subrayar que el *significado* de los supuestos defectos formales surgidos de estos desajustes no se ciñe a lo estético, y que también se les puede atribuir valores positivos:

[F]oreign debt is as inevitable in Brazilian letters as it is in any other field, and is not simply an easily dispensable part of the work in which it appears, but a complex feature of it. It makes a significant contribution to our general body of culture, producing varying degrees of benefit, and borrowings can quite easily be morally, political, and aesthetically audacious as well as artistically inappropriate. Which of these contexts is most important? Nothing, apart from professional deformation, speaks in favour of a purely aesthetically-based judgement. (Schwarz 50-1)

Moretti, en su prisa de confirmar la “ley de Jameson”, ignora todos estos matices y por tanto no puede por menos que implicar que los “compromisos” formales que acompañan la “exportación” de formas literarias del centro tienden a producir obras inferiores. Si, más tarde, vuelve sobre la obra de Schwarz, ahora con referencia a Machado de Assis, es sólo para afirmar que “In a few lucky cases, the structural weakness may turn into a strength” (“Conjectures” 159).¹⁷

En suma, desde una perspectiva humanística Moretti se nos aparece como un aeronauta miope que, para ganar altura, está obligado a echar todo su lastre —incluidas, en el momento final, sus gafas—. Esta miopía es tanto más grave cuanto mayor el área que sus hipótesis pretenden abarcar. Autoinstalado en la silla presidencial del “gran sintetizador”, sin embargo, Moretti apenas parece darse cuenta de la enorme responsabilidad que tal posición conlleva —sobre todo porque una de las condiciones de rigor que Moretti se impone es que los especialistas que le proporcionan su “materia prima” *no* se comuniquen entre sí.¹⁸

LECCIONES LATINOAMERICANISTAS

Como otros ya han indicado con más tacto que un servidor, Moretti tampoco parece darse cuenta de las importantes consecuencias políticas de su método. Así, tiene poco interés en el efecto de sus propuestas sobre las relaciones de poder dentro de la producción de conocimiento académico; y

no considera cómo sería la relación entre los equipos de especialistas y los grandes sintetizadores de teorías mundiales. Por ejemplo, ¿aquéllos tendrían algún tipo de control sobre el uso que harían éstos de sus productos?¹⁹ A Moretti tampoco le parecen preocupar en lo más mínimo las condiciones de posibilidad que le permiten auparse a la cumbre teórica desde la cual puede apreciar y esbozar las panoramas globales. En otras palabras, le deja sin cuidado su posicionalidad.

En este sentido Moretti puede aprender mucho de los debates mantenidos durante los últimos diez años en los estudios culturales y literarios latinoamericanos —debates que ayudan a poner en perspectiva las diferentes respuestas ante la crisis de la crítica literaria y que reflejan, de modo diferente, varios de los fenómenos que le fascinan a Moretti, como por ejemplo la “importación”, por la periferia, de productos y discursos culturales del centro. En un ensayo reciente, John Beverley da un buen resumen de los principales puntos de controversia. Como bien se sabe, la crisis de la crítica literaria tradicional, por un lado, y de los *area studies* por otro, dio lugar en algunos campos de la academia norteamericana a cierta aproximación entre las humanidades y las ciencias sociales, manifestada en el surgimiento los estudios culturales, postcoloniales y subalternos. Lo que comparten estos estudios es un rechazo epistemológico de lo canónico y de lo estético como principio organizador de la crítica cultural; una solidaridad política con los grupos oprimidos; una aproximación a los fenómenos sociales y productos culturales que es menos cuantitativa que “interpretativa”, “lingüística” o “textual” (es decir, metodológicamente inspirada en la crítica literaria); y una profunda desconfianza hacia las élites en posesión del poder cultural (incluidos no sólo los intelectuales tradicionales en el sentido gramsciano sino también las élites universitarias). Otra consecuencia importante de este fenómeno ha sido la “globalización” de las problemáticas estudiadas y los marcos teóricos empleados: así, es fácil que del estudio del subalterno latinoamericano se combine o funda con el de la Asia del Sureste —conjugación facilitada porque la mayoría de los teóricos trabajan en la academia norteamericana y publican en inglés.

Como explica Beverley, el surgimiento de los diversos “estudios” ha provocado una fuerte reacción negativa de ciertos intelectuales izquierdistas latinoamericanos, cuya posición manifiesta una serie de correspondencias curiosas con la oposición ante esos mismos “estudios” de los sectores conservadores de la universidad norteamericana. Son tres las objeciones

principales. Primero, se afirma que los “estudios” imponen sobre Latinoamérica una problemática y un modelo epistemológico que puede ser aplicable al mundo postcolonial anglosajón, pero que tiene poco que ver con la situación latinoamericana. La perspectiva que resulta, por tanto, es torcida si no simplemente falsa. Segundo, dada la hegemonía global de la universidad norteamericana y la correspondiente hegemonía del inglés como *lingua franca* universitaria, el prestigio de los “estudios” eclipsa el gran corpus académico propiamente latinoamericano escrito en español. Ello implica no sólo “an overt or tacit negation of the status and authority of Latin American intellectuals” sino que lleva a “a kind of cultural neo-colonialism, concerned with the brokering by the North American academy of knowledge both from and about Latin America” (49). Los latinoamericanos, élites o subalternos, quedan reducidos a objetos de estudio del *knowing subject* norteamericano (Achugar 381; Ramos 243; Richard 348; Cornejo Polar). Tercero, al ignorar a la élite progresista latinoamericana, al invalidar la “alta cultura” que produce, y al menoscabar sus bases identitarias nacionalistas o regionalistas, los “estudios” le privan al continente de uno de sus pocos espacios de la resistencia contra la globalización capitalista —convirtiéndose, irónicamente, en un aliado de ésta.²⁰

¿Cómo situar a Moretti dentro de este panorama? ¿Qué, si algo, pueden contribuir sus propuestas a los debates latinoamericanistas —que, dicho sea de paso, han dejado al campo en una aporía difícilmente superable?²¹ Aunque dudo que Moretti sea capaz de resolver los dilemas del latinoamericanismo actual y me temo que su posible contribución sea más bien modesta, la aporía latinoamericanista sí puede servir para resaltar ciertas dificultades que Moretti ignora, y que acaban por socavar su ambiciosa empresa.

En cierto sentido, conjugar a Moretti con el latinoamericanismo actual exige un acto de traducción interdisciplinaria: los dos campos parecen hablar idiomas teóricos diferentes. (Se nota hasta qué punto la Literatura Comparada ha quedado inmune ante la revolución de los estudios culturales, que tanto impacto tuvo en los departamentos de inglés y, con algún retraso, en los de estudios latinoamericanos.) La posición de Moretti en este contexto, por tanto, es ambigua y compleja. Por un lado, comparte varios presupuestos importantes con los proponentes de los estudios culturales, subalternos y postcoloniales. No defiende una noción del canon fundada sobre principios estéticos, por ejemplo; y no le importa incluir subgéneros populares en sus historias literarias. En su llamada por la introducción de métodos más

rigurosamente “científicos”, sin embargo, Moretti parece alinearse más con la crítica conservadora norteamericana, que rechaza la aparente gratuidad metodológica de los estudios culturales. (Si éstos generaron lo que se ha identificado como “el giro lingüístico” en las ciencias sociales, Moretti propone un “giro positivista” en la crítica literaria.) Así también el hecho de que Moretti se limite estrictamente al estudio de los textos impresos (excluyendo los “textos” orales, audiovisuales y sociales que han venido ocupando a muchos departamentos de lenguas modernas) lo asocia en cierto sentido con críticos conservadores como Harold Bloom y Bauerlein, que abogan por una crítica ceñida a lo puramente literario. Lo que aleja a Moretti de Bloom y los suyos, sin embargo, es su visión escandalosamente desmistificada del texto literario, y la desacralización de la lectura como el acto fundamental de la disciplina.²² Se podría argüir que, en este sentido, Moretti es más radical incluso que los estudios culturales y subalternos: puede que éstos rechacen el fetichismo del texto canónico, pero lo sustituyen por un fetichismo del producto cultural popular. Moretti abandona *todo* fetichismo del material primario (aunque se podría argüir que lo sustituye con una infatuación narcisista con sus propios productos “científicos”: los mapas, esquemas y gráficos).

Moretti también es más radical que los estudios culturales en su asunción del mercado y los mecanismos de consumo como una ente poderosa, cuasi natural, capaz de determinar las “leyes” de la historia literaria. La función que en Darwin es desempeñada por los factores ambientales —la selección entre las especies “aptas” y “menos aptas”— en Moretti la desempeñan las fuerzas del mercado: “Readers, not professors, make canons: academic decisions are mere echoes of a process that unfolds fundamentally outside the school . . . Conan Doyle is a perfect case in point: *socially* supercanonical right away, but *academically* canonical only a hundred years later” (“Slaughterhouse” 209). En verdad, la fe incondicional de Moretti en la capacidad del mercado para determinar el valor de los productos culturales se acerca más al neoliberalismo del FMI que al populismo de los estudios culturales —por más que éstos tiendan a celebrar el consumo como acto de resistencia. (Aquí de nuevo llama la atención que Moretti no considere el funcionamiento del mercado de las traducciones, cuyos mecanismos son muy diferentes —más arbitrarios, menos “naturales”— que los de los mercados “locales”).²³

Lo que más sorprende, como se ha dicho, es que a Moretti no le parezcan preocupar las dimensiones geopolíticas del modelo de producción de conocimiento que propone. A pesar de “confiar” en informantes “locales”, Moretti rechaza la idea —fundamental en la tradición intelectual de Latinoamérica— de que es preferible comprender una región desde un marco teórico autóctono, surgido y desarrollado en esa misma región. De forma similar, no le interesa el peligro de un posible imperialismo lingüístico. “Moretti’s essay [‘Conjectures’] treats language only in the abstract”, escribe Arac; “It ignores the actual role of English in contemporary globalization, even though English is the crucial enabling medium that makes possible his survey of all those continents and years. . . . English in culture, like the dollar in economics, serves as the medium through which knowledge may be translated from the local to the global” (40). La respuesta de Moretti ante estas observaciones críticas de Arac es pragmática pero no por ello menos ingenua: “Sure, global English may end up impoverishing our thinking, as American films do. But for now, the rapid wide public exchanges it makes possible far exceed its potential dangers.” (76n). En otras palabras: la meta justifica los medios. Y si, en los debates latinoamericanistas, la división laboral entre centro y periferia es identificada como un peligro que evitar, Moretti pretende instituir tal división, privilegiando sin pensarlo dos veces el inglés (y, se infiere, la academia norteamericana) como el medio “científico” más adecuado para la teorización a escala mundial.

Juntos, estos descuidos y negligencias no sólo empobrecen una iniciativa que por lo demás es necesaria y digna de admiración —¿quién duda la importancia de comprender de forma mucho más global el desarrollo formal y social de la literatura?— sino que invierten sus objetivos. Como hemos visto, en vez de transcender o reformar las estructuras tradicionales de la crítica académica, la refuerzan. Y para mayor ironía, la forma en que Moretti se propone estudiar el “sistema literario mundial”, que reconoce, siguiendo a Wallerstein, como “unificado y desigual”, está condenada a replicar la misma desigualdad que pretende analizar. Moretti no sólo *estudia* la unidireccionalidad de las “ondas” de producción cultural en su movimiento desde el centro hacia la periferia,²⁴ sino que sus modos de producción de conocimiento académico *acaban incorporando* esa unidireccionalidad.

CONCLUSIÓN: POR UN GLOBALISMO METONÍMICO

Moretti tiene razón cuando arguye que la literatura es un fenómeno mundial; que las estructuras institucionales actuales no le permiten a la crítica académica tener una visión teórica adecuada, totalizante, de ese fenómeno; y que, por tanto, le escapan evoluciones y patrones posiblemente muy importantes. También tiene razón cuando afirma que las prácticas actuales del campo, incluida la Literatura Comparada, dejan poco espacio para las hipótesis que trasciendan el estrecho marco nacional-culturalista que ha sido el principio organizador de la crítica literaria desde los días de Herder. Sin embargo, el camino teórico y metodológico que propone para salir de la crisis es, a mi ver, antiproductivo. Es verdad que la reforma tendrá que ir más allá del campo de la literatura comparada; y que tendrá que abandonar el estudio de la literatura dentro de un marco exclusivamente nacional (dos pasos que, en última instancia, Moretti no se atreve a dar). Pero la disciplina no se puede permitir abandonar lo único que aún puede darle alguna legitimidad: su concepción humanística del rigor, cuya metodología por excelencia es el *close reading*, la lectura cuidadosa de textos primarios en su idioma original—una práctica que ejemplifica el respeto por la especificidad cultural y lingüística de cada producto de la imaginación humana.

Esto no quita la urgencia del problema práctico: *“What does it mean, studying world literature? How do we do it? ... [W]e are talking hundreds of languages and literatures here”*. ¿Cómo combinar el afán totalizador con el respeto ante lo específico? Como señala Reed, “It is a fundamental problem of the humanities: how to relate particular to general, to keep individual phenomena vividly present while giving them an explanatory context” (6). Sin pretender proporcionar una solución aquí, sí me parece que hay modelos alternativos al de Moretti, modelos que *no* parten de la jerarquía, el privilegio, y la pérdida de lo no traducible.

Consideremos, por ejemplo, la nueva historia de la literatura alemana editada por David Wellbery (2004), que resuelve la eterna tensión entre calidad y cantidad de una forma diametralmente opuesta a la de Moretti. En vez de intentar captar “toda” la literatura alemana dentro de una sola estructura esquemática, o de convertirla en una narrativa teleológica, la *History* de Wellbery ha sido organizada de forma esencialmente metonímica, consistiendo de unos 200 ensayos de sendos contribuidores sobre todo

tipo de temas dispares. No hay un hilo conductor narrativo, aparte del orden cronológico. La idea que subyace al proyecto es que la totalidad surja de una colección de particularidades contingentes, sin que esa totalidad—que cobra una forma diferente con cada lector y cada lectura—deje de manifestar su carácter tentativo, precario, problemático. Así como el proceso de congelación rápida preserva el valor alimenticio de las verduras, el objetivo de los editores ha sido presentar un panorama de la literatura alemana que preserve el “sabor” de lo que ven como el meollo de la práctica crítica: el “encuentro” entre lector y texto primario que caracteriza “the most exhilarating experiences of reading” (xvii). Si las historias literarias tradicionales suelen ser reductivas en su tendencia a usar textos individuales como meras ilustraciones de épocas, corrientes o fenómenos sociales, esta historia coloca lo particular en el centro: “The strategy ... is to shun summary and cataloguing and to exploit, rather, the communicative potential of the anecdotal and the discontinuous for generating sudden illumination” (xviii).

Son muchas las objeciones posibles al libro de Wellbery—entre otras cosas, se le nota cierta nostalgia por el New Criticism. También es verdad que se limita al campo de la literatura alemana (aunque ésta es concebida en términos lo bastante amplios como para dar cabida a los exilios y los textos no literarios). Sin embargo, no es difícil imaginarse obras similares que se afrenten al desafío de “mapear” una historia de la literatura mundial—obras colectivas, basadas en la colaboración intensa de especialistas de muchos campos diferentes, pero en pie de igualdad, sin jerarquías explícitas o implícitas. Surgiría un panorama mundial que recuerda el “unsystematic, open-minded effort” propuesto por Auerbach (Arac 41), un proyecto mucho menos dispuesto que el de Moretti a sacrificar la especificidad cultural, y que no deja de reflejar el hecho de que la crítica literaria nace de una confrontación personal entre texto y lector. Este procedimiento metonímico me parece un camino más fructífero, políticamente legítimo y propio de nuestra disciplina humanística que las propuestas cuasi científicas de Moretti. Con un poco de imaginación utópica, se podría decir que asumir el colapso de la ideología de la selección *sin* abandonar la lectura cuidadosa libera el potencial radicalmente democrático del *close reading*. Nos forzaría a admitir que, en principio, no hay texto que no sea digno de una lectura intensiva; o, por decirle de otro modo, no hay texto particular que no nos pueda conducir hacia un espacio teórico que, a falta de mejor término, podría llamarse universal.

Para terminar, una breve vuelta a la fuente, a dos textos primarios –y canónicos– que refuerzan el argumento de Schwarz de que “we must rid ourselves ... of the pejorative connotations of the concept of borrowing” y que “borrowings can quite easily be morally, political, and aesthetically audacious”.²⁵ Primero, claro, Borges en “El escritor argentino y la tradición”:

Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esa tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental. ... Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, ... podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas. ... [N]o debemos temer y ... debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo. (160-1)

No se trata de préstamos, pues, sino de apropiaciones.²⁶ Años después, le hace eco Bernardo Atxaga –autor vasco que escribe en euskera, escritor periférico dentro del centro europeo:

Ya se sabe que hoy en día, en pleno siglo veinte ... todo el pasado literario, ya el de Arabia, ya el de China, ya el de Europa, está a nuestra disposición ... Cualquier escritor puede así crearse su propia tradición. ... No hay, hoy en día, nada que sea estrictamente particular. El mundo está en todas partes, y Euskal Herria [el País Vasco], ya no es solo Euskal Herria sino ... *el lugar donde el mundo toma el nombre de Euskal Herria*. (377, énfasis en el original)

NOTAS

- ¹ Esta crisis ha sido ampliamente documentada y estudiada. De los análisis en inglés publicados durante los últimos diez años, véase, entre muchos otros, Damrosch, Readings, Bérubé, Bérubé y Nelson, Nussbaum, Michael, Ellis, Kernan, Delbanco y Schwartz.
- ² Me concentraré aquí en las propuestas iniciales formuladas en “The Slaughterhouse of Literature”, “Conjectures on World Literature”, and “More Conjectures”.
- ³ Agradezco a mi colega Jed Deppman una serie estimulantes discusiones sobre estos temas y, sobre todo, su lectura cuidadosa de una versión previa de este ensayo.

- ⁴ Esta metodología fundada en el contacto personal entre texto y crítico le otorga un estatus algo extraño a las otras interpretaciones del mismo texto propuestas por otros críticos. Por un lado, estas interpretaciones forman parte del archivo disciplinario, y hay que reconocer y citarlas como tales. Por otro lado, parece que uno nunca se puede fiar de ellas por completo; en ese sentido, todo el campo se caracteriza por una curiosa falta de confianza colegial. No es casual que Jale Parla nos anime a todos a fiarnos más el uno al otro (122-23). Le agradezco a mi colega Erik Inglis el haberme sugerido esta idea.
- ⁵ Me doy cuenta de que estoy generalizando aquí: no *todo* el campo necesariamente atribuye un lugar central a la práctica del *close reading*, una práctica en sí misma también muy diversa.
- ⁶ En otra parte he analizado la importancia de elementos *afectivos* en este tipo de pericia (Faber, “Labor”).
- ⁷ La facticidad del texto también es muy precaria, como demuestran los debates en torno a la crítica “genética” (véase Deppman, Ferrer y Groden).
- ⁸ Desde luego la práctica y teoría de las ciencias naturales y sociales son mucho más complejas, y tienen sus propias historias de luchas epistemológicas y cambios paradigmáticos; sin embargo, me parece que, comparado con los demás campos, el reconocimiento de la aportación personal del crítico como elemento fundamental en la generación del conocimiento académico constituye un rasgo distintivo de los estudios literarios.
- ⁹ Como arguye Prendergast en un ensayo crítico sobre el libro de Pascale Casanova, es verdad Wordsworth y Shakespeare “have been adduced as major figures in the unfolding of the ‘national genius’, the making of the ‘Englishness’ of English literature, with particular reference to an alleged rivalry with French hegemony ...”, pero en realidad “Wordsworth’s competitive agenda seems to involve very different variables, such as class, gender and region, all of which are *internal* to pressures and debates within England itself” (“Negotiating” 109).
- ¹⁰ Como escribe Emily Eakin en *The New York Times*: “Mr. Moretti’s quantitative method is simply the latest in a long line of efforts to make literary criticism look more like science”.
- ¹¹ “[N]o matter what the object of analysis is, there will always be a point when the study of world literature must yield to the specialist of the national literature, in a sort of cosmic and inevitable division of labour” (“Conjectures” 160).
- ¹² Como afirma Arac, la proyección diacrónica de la relación entre centro y periferia que realiza Moretti hace que su teoría sobre el desarrollo de la novela “closer than Moretti might wish to the old priorities of Western comparatism and also to the stadial (‘stages’) model of development theories” (Arac 38).
- ¹³ Claro que en la práctica –al diseñar un programa de curso, por ejemplo, o una lista de lecturas para un examen de doctorado– la selección es inevitable y se hace con base en ciertos criterios. Lo que arguyo es no sólo que esos criterios

- son variables, sino que no hay textos cuya lectura cuidadosa no pueda ser, en algún sentido, productiva: todo depende del contexto pedagógico o teórico, y en última instancia la inversión del lector cuidadoso garantiza, por así decir, el beneficio.
- ¹⁴ Como escribe Apter, “The problem left unresolved by Moretti [is] the need for a full-throttle globalism that would valorize textual closeness while refusing to sacrifice distance” (79).
- ¹⁵ Moretti lo llama, equivocadamente, “Roberto Alencar” (“Conjectures” 150).
- ¹⁶ Fundamental en esta discusión es además la noción de la “ideología de segundo grado”: la idea de que lo que en Europa funciona como ideología en el sentido marxista del término —en la definición de Schwarz, una “ilusión necesaria apoyada por las apariencias” (14)— pierde parte de su poder misticador con la transplantación al entorno brasileño, donde más bien brilla en toda su falsedad, aunque al parecer las clases dirigentes se empeñan en ignorarlo. Lo que, para Schwarz, distingue a Alencar de Machado de Assis es que aquél, como las propias clases dirigentes, “deals with second-degree ideas as if they were of first degree” mientras que éste sabe transformar la discrepancia entre ideas importadas y la realidad social, convirtiéndola en una gran fuerza irónica que impregna toda su obra.
- ¹⁷ Se nota un empobrecimiento similar cuando la tesis de Schwarz de que las estructuras sociales del Brasil quedan reflejadas, de forma abstracta, en la estructura narrativa de ciertas novelas brasileñas, se convierte en Moretti en otra: de que la novela periférica se convierte en espejo formal de la desigualdad del sistema mundial. Perdido todo matiz, afirma: “Forms are the abstract of social relationships: so, formal analysis is in its own modest way an analysis of power” (“Conjectures” 66).
- ¹⁸ Como escribe Arac: “For Moretti, it is important that [the specialists] be ‘independent’, that each develop his or her argument directly from their limited materials. In Moretti’s division of intellectual labour, the single-language scholar reads the texts in that language, but does not read the scholars of other languages; and the comparatist alone reads all the scholars” (39).
- ¹⁹ Como escribe Arac: “what does it mean that those who know are not their own masters?” (45).
- ²⁰ “‘Studies’ ... speaks the language of democracy, anti-elitism, the popular, the subaltern, the new; but, in the eyes of many Latin American intellectuals, it appears to be at the service of US global and regional hegemony” (Beverly 53). Véase también Faber (“Learning” 262-68).
- ²¹ Esa aporía está expresada de forma bastante explícita en el artículo citado de Beverly, pero también en *The Exhaustion of Difference*, de Alberto Moreiras.
- ²² Bloom ha afirmado que el método de Moretti le parece “absurdo”: “I’m interested in reading. That’s all I’m interested in” (cit. en Eakin).

²³ Véase Orsini sobre este tema (330-1).

²⁴ Como escribe Kristal, Moretti “proposes a program in which world literature should essentially be studied as a set of variations on a Western theme” (61).

²⁵ O, como dice Kristal: “Moretti’s model is designed to show how the periphery comes to terms with Western forms, but it falls short on the other side of the equation, where [we see] ... an emancipation of the periphery from Western forms, even in situations where Western political or economic hegemony is still operational”; “I am arguing ... in favour of a view of world literature in which ... the West does not have a monopoly over the creation of forms that count; in which themes and forms can move in several directions ...” (73-74).

²⁶ Orsini también prefiere sustituir la imagen de una cultura central que “presta” elementos culturales a una cultura periférica con la de la “apropiación”: “Cultural influence becomes a study of appropriation, rather than of centres and peripheries” (326).

OBRAS CITADAS

- Achugar, Hugo. “Leones, cazadores e historiadores: A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento”. *Revista Iberoamericana* 180 (1997): 379-87.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Londres: Verso, 1989.
- Arac, Jonathan. “Anglo-Globalism?” *New Left Review* 16 (2002): 35-45.
- Apter, Emily. “Global *Translatio*: The ‘Invention’ of Comparative Literature, Istanbul, 1933”. *Debating World Literature*. Christopher Prendergast, ed. Londres: Verso, 2004. 76-109.
- Atxaga, Bernardo. *Obabakoak*. Pról. Ibon Sarasola. Barcelona: Ediciones B, 1989.
- Bauerlein, Mark. *Literary Criticism: An Autopsy*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1997.
- Bérubé, Michael. “The Abuses of the University”. *American Literary History* 10/1 (1998): 147-63.
- _____. “On Fine Clothes and Naked Emperors”. *Tikkun* 14/2 (1999): 63-76.
- _____. y Cary Nelson. *Higher Education Under Fire: Politics, Economics, and the Crisis of the Humanities*. Nueva York: Routledge, 1995.
- Beverly, John. “Adiós: A National Allegory (Some Reflections on Latin American Cultural Studies)”. *Contemporary Latin American Cultural Studies*. Stephen Hart y Richard Young, eds. Londres: Arnold, 2003. 48-60.

- Borges, Jorge Luis. *Discusión*. Madrid: Alianza, 1997.
- Cohen, Margaret. *The Sentimental Education of the Novel*. Princeton: Princeton University Press, 1999.
- Cornejo Polar, Antonio. "Mestizaje e hibridez: Los riesgos de la metáfora (Apuntes)". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 24/47 (1998): 7-11.
- Damrosch, David. *We Scholars: Changing the Culture of the University*. Cambridge: Harvard University Press, 1995.
- Delbanco, Andrew. "The Decline and Fall of Literature". *New York Review of Books* 46/17 (1999). <<http://www.nybooks.com/articles/318>>.
- Deppman, Jed, Daniel Ferrer y Michael Groden (eds.). *Genetic Criticism: Texts and Avant-Textes*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2004.
- Eakin, Emily. "Studying Literature by the Numbers". *New York Times* (10 de enero de 2004): B9.
- Ellis, John M. *Literature Lost: Social Agendas and the Corruption of the Humanities*. New Haven: Yale University Press, 1997.
- Faber, Sebastiaan. "Labor of Love: Hispanism as Hispanophilia". *Reinventing Hispanism*. Jorge J. E. Gracia, ed. Albany: SUNY Press, forthcoming.
- _____. "Learning from the Latins: Waldo Frank's Progressive Pan-Americanism". *New Centennial Review* 3/1 (2003): 257-295.
- Hoesel-Uhlig, Stefan. "Changing Fields. The Directions of Goethe's *Weltliteratur*". *Debating World Literature*. Christopher Prendergast, ed. Londres: Verso, 2004. 26-53.
- Jackson, Tony E. "'Literary Interpretation' and Cognitive Literary Studies". *Poetics Today* 24/2 (2003): 191-205.
- Kernan, Alvin (ed.). *What's Happened to the Humanities?* Princeton: Princeton University Press, 1997.
- Kristal, Efraín. "'Considering Coldly...': A Response to Franco Moretti". *New Left Review* 15 (2002): 61-74.
- Livingston, Paisley. *Literary Knowledge: Humanistic Inquiry and the Philosophy of Science*. Ithaca: Cornell University Press, 1988.
- Michael, John. *Anxious Intellectuals: Academic Professionals, Public Intellectuals, and Enlightenment Values*. Durham: Duke University Press, 2000.
- Moreiras, Alberto. *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001.
- Moretti, Franco. "Conjectures on World Literature". *Debating World Literature*. Christopher Prendergast, ed. Londres: Verso, 2004. 148-62.
- _____. "More Conjectures". *New Left Review* 20 (2003): 73-81.
- _____. "The Slaughterhouse of Literature". *Modern Language Quarterly* 61/1 (2000): 207-227.
- _____. *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History*. Londres: Verso, 2005.
- Nussbaum, Martha. *Cultivating Humanity. A Classical Defense of Reform in Liberal Education*. Cambridge: Harvard University Press, 1998.
- Orsini, Francesca. "India in the Mirror of World Fiction". *Debating World Literature*. Christopher Prendergast, ed. Londres: Verso, 2004. 319-334.
- Parla, Jale. "The Object of Comparison". *Comparative Literature Studies* 41/1 (2004): 116-25.
- Prendergast, Christopher. "Negotiating World Literature". *New Left Review* 8 (2001): 100-121.
- _____. "Evolution and Literary History: A Response to Franco Moretti". *New Left Review* 34 (2005): 40-62.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Readings, Bill. *The University in Ruins*. Cambridge: Harvard University Press, 1996.
- Reed, T.J. "Number the Years". Res. de *A New History of German Literature*, ed. por David E. Wellbery. *TLS* (22 de julio de 2005): 6-7.
- Reve, Karel van het. *Literatuurwetenschap: het raadsel der onleesbaarheid. Johan Huizinga-lezing 1978*. Baarn: Het Wereldvenster, 1979.
- Richard, Nelly. "Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: Saberes académicos, práctica teórica y crítica cultural". *Revista Iberoamericana* 63/180 (1997): 345-361.
- Schwartz, Richard B. *After the Death of Literature*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1997.
- Schwarz, Roberto. *Misplaced Ideas: Essays on Brazilian Culture*. Londres: Verso, 1992.
- Sokal, Alan y Jean Bricmont. *Fashionable Nonsense: Postmodern Intellectuals' Abuse of Science*. Nueva York: Picador, 1998.
- Wellbery, David E. Introducción. *A New History of German Literature*. Wellbery y Judith Ryan, eds. Cambridge: Harvard University Press, 2004. xvii-xxv.
- Yu, Pauline. "The Course of the Particulars: Humanities in the University of the Twenty-First Century". *The Transformation of Humanistic Studies*

in the Twenty-First Century: Opportunities and Perils. American Council of Learned Societies Occasional Papers 40 (1997). <<http://www.acls.org/op40yi.htm>>.

La literatura latinoamericana ante *La República mundial de las Letras*¹

FRANÇOISE PERUS

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Tout cela, sommairement conté, a pour seule qualité d'ouvrir la trace à d'autres dits. C'est aux poétiques conjointes que je fais appel en ce moment.

Edouard Glissant. *Traité du Tout-Monde. Poétique IV* (29)

Al final de *La República mundial de las Letras*, Pascale Casanova plantea la posibilidad de ir configurando un “nuevo universo literario mundial”, que atendiera a las relaciones de desigualdad —que su propia investigación intenta poner de manifiesto— entre, por un lado, las literaturas que, como la francesa, han logrado un alto grado de “autonomía” respecto de otras prácticas discursivas; y por el otro, las literaturas de otras regiones del mundo que, por su condición “periférica”, siguen pugnando por el logro de esta misma autonomía. Aun cuando no me cabe la menor duda acerca de la desigualdad que priva en las relaciones de todo tipo entre los países “centrales” y los que suelen calificarse de “periféricos”, no estoy tan segura de que, en el ámbito propiamente literario, estas desigualdades —y sus efectos en las prácticas artísticas de los escritores periféricos— se planteen necesariamente en los términos formulados por la autora. Al menos en el caso concreto de las literaturas latinoamericanas —a las que ella se refiere en varios momentos de su argumentación— son muchas las dudas que surgen ante no pocas de sus aseveraciones.

Acaso estas dudas provengan del hecho de que Pascale Casanova pasa por alto gran parte de la reflexión crítica e historiográfica llevada a cabo por los latinoamericanistas de dentro y fuera del subcontinente americano. Aparte del sin duda valioso manual de Claude Cymerman y Claude Fell, *Histoire de la littérature hispano-américaine de 1940 à nos jours*, destinado ante todo a estudiantes universitarios franceses —aunque haya traducción al español— el

ISBN: 1-930744-26-9

© Biblioteca de América, 2006
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
Universidad de Pittsburgh
1312 Cathedral of Learning
Pittsburgh, PA 15260
(412) 624-5246 • (412) 624-0829 FAX
iili@pitt.edu • www.pitt.edu/~hispan/~iili

Colaboraron en la preparación de este libro:

Composición y diseño gráfico y tapa: Erika Braga
Correctores: Rubén Sánchez-Godoy y Paola Ahumada

América Latina en la “literatura mundial”

Ignacio M. Sánchez-Prado, editor